



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

XVI SIMPOSIO ELECTRÓNICO INTERNACIONAL

MEDIO ORIENTE Y NORTE DE AFRICA

Cambios y continuidades de una región en crisis

OCTUBRE DE 2007

CAOS CONSTRUCTIVO Y CRISIS PERENNE DEL CUERNO DE ÁFRICA: EL CASO DE SOMALIA

*Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita**

Introducción

Desde que a finales del año 2006 el ejército etíope y las tropas gubernamentales de Baidoa expulsaran a los Tribunales Islámicos del poder en el centro y sur de Somalia, el país vive sumido en un estado de tensión permanente. Los actos de guerrilla, con mayor o menor intermitencia según la zona y la estación, han sido moneda corriente, a pesar de que las tropas etíopes, con la ayuda de la aviación, la marina y la inteligencia estadounidenses, ha tratado de erradicar los focos de resistencia de los Tribunales Islámicos en las regiones más abruptas. Al mismo tiempo, los intentos de implantar fuerzas de paz africanas para, *de facto* y *de iure*, legitimar la intervención etíope y promover la salida del grueso de sus soldados del país no han surtido efecto debido a las carencias económicas y logísticas propias de los estados de la zona y la manifiesta animadversión de numerosos sectores somalíes a la presencia de contingentes militares extranjeros en su territorio, especialmente si son etíopes. Los enfrentamientos armados en la capital, Mogadiscio, y alrededores adquirieron especial intensidad en los primeros meses de 2007; y aunque los etíopes, con el apoyo ya citado de Estados Unidos, desarticuló numerosos focos de insurgencia y hostigó sin descanso a las desperdigadas huestes islamistas, éstas, según parece, han conseguido rehacer sus filas para asentarse en las áreas boscosas del sur; además, el descontento ante la presencia etíope ha calado entre diversos espectros de la sociedad somalí, no sólo los sectores islamistas y por extensión

furibundamente antietíopes, y ha soliviantado a grupos tribales muy concretos. He aquí el caso de la tribu Hawiye, preponderante en la zona central del país y Mogadiscio, cuyos dirigentes mantuvieron a lo largo de 2007 un convulso tira y afloja con los mandos etíopes, que acusaban a la tribu de fomentar los sentimientos antietíopes y proporcionar cobertura a los islamistas. Si uno conoce las peculiaridades de la sociedad somalí, cortada por el patrón del tribalismo y las relaciones interclánicas, podrá imaginar las consecuencias resultantes de un enfrentamiento abierto entre un ejército ocupante, aliado de un gobierno central sin apenas poder, y una de las tribus más relevantes.

La pregunta hoy, casi un año después de la invasión etíope y la rehabilitación parcial del *statu quo* que prevalecía antes de la irrupción de los Tribunales Islámicos a principios de 2006, a saber, el poder nominal de un gobierno en la ciudad de Baidoa y el control real de milicias regionales sometidas a los señores de la guerra, la pregunta, decimos, que se plantea hoy es qué réditos han obtenido de la cuestión somalí Etiopía y, detrás de ella, Estados Unidos y su política actual en el Cuerno de África. En un principio, parecía claro que la intervención de Addis Abeba, enmarcada en el contexto de la lucha internacional contra el "terrorismo islámico" perseguía derrocar un gobierno paralelo, el de los Tribunales Islámicos, claramente hostil a la hegemonía regional de Etiopía y promover un nuevo orden regional en la mitad oriental de África, un orden en el que la prioridad habría de concederse a la relación armónica de los principales estados con la política exterior de Estados Unidos y su concepto propio de estabilidad internacional. No se sabe hasta qué punto los argumentos explícitos aportados por los dirigentes etíopes para justificar la operación militar en Somalia tenían una base real. La acusación de que los islamistas somalíes amparaban a activistas de al-Qaeda y protegían sus bases de entrenamiento en las regiones orientales nunca ha sido probada fehacientemente, a pesar de los informes esgrimidos por los servicios de inteligencia de EE UU y, también, de que los bombardeos masivos efectuados por el ejército estadounidense en la franja fronteriza con Kenia, a principios de 2007, no depararon más que la muerte de decenas de civiles inocentes. Por otro lado, la imputación de que los Tribunales Islámicos estaban haciendo por incitar los sentimientos separatistas y las facciones más belicosas de los territorios etíopes con una mayoría de población somalí, como podría ser el caso de la conocida Ogadén, no dejaba de resultar retórica: era evidente que los islamistas somalíes, para quienes Etiopía es el leviatán regional y enemigo acérrimo de un proyecto somalí robusto e independiente, mantenían buenas relaciones con diversos sectores secesionistas o, al menos, anticentralistas de Ogadén y trataban de extender su dominio por todo el ámbito somalí, no sólo en Puntlandia y Somalilandia, dos entidades territoriales más o menos independientes en el norte, sino también en las regiones de mayoría somalí enclavadas en las vecinas Kenia y Etiopía. Sin embargo, tampoco se ha evidenciado con pruebas que los islamistas estuvieran armando a los secesionistas ni tratando de desestabilizar al gobierno etíope. Asimismo, el temor etíope y estadounidense de que una Somalia regida por los islamistas radicales se convirtiera en un foco de irradiación del islamismo político antioccidental y antietíope, una especie de Sudán en los noventa, estaba fundamentado. Ahora bien, los primeros que tenían motivos para temer este *resurgimiento* eran los mismos somalíes, que habrían de sufrir el rigorismo

absurdo de los islamistas con toda su normativa coercitiva y represora; pero, en cualquier caso, la hegemonía islamista no podría ser peor que la calamitosa acción de desgobierno de los señores de la guerra que rigieron el país desde 1991 hasta 2006 y recuperaron parte de su hegemonía tras la acción militar etíope. Por último, las alegaciones de Addis Abeba contra Eritrea, su enemigo irreconciliable en el Cuerno de África, eran las de siempre: Eritrea arma a los islamistas (en verdad, Eritrea arma a cualquier enemigo de Etiopía lo mismo que hace ésta con cualquier enemigo de Eritrea: norma básica de la política exterior de la mezquina vecindad de tantos estados del mundo) y trata de socavar el empuje etíope en el Cuerno de África. Pero esto tampoco puede servir de excusa para articular una operación militar de este alcance y agudizar la crisis crónica de Somalia.

En fin: este artículo trata de presentar los componentes principales de la cuestión somalí haciendo un repaso somero de la situación actual desde la caída de Siyad Barre en 1991 hasta el ascenso islamista en 2006 y la posterior acometida etíope. Se describe de forma sucinta la gestación y medro de los Tribunales Islámicos, la implantación de los señores de la guerra y la pervivencia de una estructura de gobierno (el ejecutivo transitorio emanado de diversas conferencias internacionales de paz) feble e invadida. Esto es, los fundamentos que han convertido a Somalia en un estado desfondado. Además, y haciendo honor al título, se intenta enmarcar la crisis somalí en el amplio espectro de la lucha internacional contra el terrorismo y la tónica del caos constructivo endosada por la Administración estadounidense en Afganistán, Iraq y, aquí de manera interpuesta, en Etiopía. Una estrategia que, con independencia de sus objetivos generales, fomenta sin remisión la debilidad estructural de los estados afectados y la desarticulación regional e institucional así como la inseguridad interna y el desmán social. Un río revuelto y turbio donde sólo unos pocos pescan a manos llenas.

El estado fracasado de Somalia

Ya es tradicional en el vocabulario político moderno aplicar el término de estado fracasado, desfondado o inhibido a aquellos países que viven un colapso institucional continuado. Hoy por hoy, Somalia está a la cabeza de este funesta clasificación, por motivos que tienen que ver con las propias carencias y contradicciones que acompañaron la formación del estado en la década de los sesenta del siglo pasado. Y es que, desde el desfonde del gobierno de Siyad Barre en 1991, Somalia ha padecido todos los desastres que pueden sobrevenir a un país sumido en la guerra civil y el caos. Con un estado que ha desaparecido como tal, los somalíes han tenido que hacer frente a hambrunas, éxodos masivos, las exacciones de los señores de la guerra, la partición del territorio e, incluso, intervenciones armadas promovidas por potencias regionales e internacionales. También, como otras tantas naciones de mayoría musulmana, ha asistido al auge de las corrientes islamistas, que lograron hacerse con el control de buena parte del país en 2006, antes de ser desarbolados por el ejército etíope. En 2000, con la creación del llamado Gobierno Nacional Transitorio, se había intentado abrir un paréntesis en el maremágnum en que había quedado sumido el país, a merced de los *warlords*

y las tensiones tribales. Aquel intento no deparó resultados palpables y dejó vía libre, tras las correspondientes conferencias internacionales, al Gobierno Federal Transitorio, en 2004. Éste, para sorpresa de muchos, permanece en pie hoy en día, pero no ha tenido mucho más éxito que su predecesor a la hora de estabilizar el país y sentar las bases de una reconciliación nacional. Al contrario, Somalia se halla hoy, más quizá que en cualquier otro momento a lo largo de los últimos 15 años, expuesta a una amenaza de conflicto generalizado. Por primera vez desde 1993 -fecha del estrepitoso fracaso de la misión militar estadounidense- un ejército extranjero está batallando con milicias locales, apoyado en este caso por lo que un tanto enfáticamente suele llamarse "fuerzas gubernamentales". Todo ello ante la creciente preocupación de los estados de la zona y de la comunidad internacional, que perciben que la estrategia de Estados Unidos para combatir el terrorismo internacional en África en general y en la región del Cuerno en particular está generando un estado de tensión permanente. Una situación en la cual, a modo de río revuelto, las organizaciones islamistas radicales están encontrando un terreno más que propicio para mantener su pulso particular con Estados Unidos.

Desde luego, la expresión de la pugna actual entre el islamismo político y Estados Unidos, representada en Somalia por el enfrentamiento entre los Tribunales Islámicos y Etiopía, supone un capítulo más en la crónica, extensa y penosa ya, de la tribulación somalí. Pero el mal somalí encuentra su razón de ser en factores que preceden a la eclosión del *revival* islamista. Más aún, hasta las victorias militares de los Tribunales Islámicos sobre los señores de la guerra y su rápido e inesperado avance sobre Mogadiscio, el Islam político había desempeñado una función de segundo orden en Somalia. Ya sea en el marco de la República de Somalia, de 1960 a 1991, ya en el caos que sigue al desfonde de aquella y las guerras cainitas, de 1991 hasta nuestros días, la complejidad geográfica, étnica y tribal de Somalia excedía con mucho los vectores religiosos. De hecho, las formaciones o tendencias de marcado cariz islamista, que en otros lugares del mundo islámico conocieron un empuje notable en la década de los setenta u ochenta, nunca dejaron de desempeñar una función de segundo orden. Esto fue así, también, en los noventa, cuando abundaron los enfrentamientos entre clanes y milicias rivales y el país se fragmentó en feudos regionales e incluso entidades independientes *de facto*. En aquella época, organizaciones como *al-Ittihad al-Islami* (La Unión Islámica) eran un peón más –y de segundo orden- en el abigarrado tablero de facciones y partidos que se disputaban el control de determinadas zonas, más aún si se toma en consideración el empuje de las grandes milicias de Farah Aidid, Ali Mahdi, Omar Jess y Osmán Atto, por citar algunos de los señores de la guerra más conocidos. Más aún, ni los grupos islamistas locales ni los extranjeros, ya sea al-Qaeda u otros, han sido determinantes en el curso de la guerra civil. Ni siquiera el episodio del *Black Hawk* derribado y el hostigamiento de los marines de EE UU por las calles de Mogadiscio en 1993, atribuido a al-Qaeda, ha sido debidamente esclarecido. Aunque la organización terrorista se ha atribuido en varias ocasiones el protagonismo de aquellos sucesos, que marcaron el fin de la aventura estadounidense en Somalia, la insistencia de algunos en occidente en resaltar la supuesta fortaleza de aquella ya en los noventa va en la línea de "demostrar" la implantación efectiva del terrorismo internacional en el Cuerno de África antes del 11-S.

El islamismo somalí

A la vista de lo anterior, la pregunta a formular es: ¿cuándo y por qué, entonces, emerge el Islam político como factor *verdaderamente* crucial en Somalia? Un análisis somero de la realidad somalí destaca la preponderancia de la filiación tribal. Por tanto, se ha convertido ya en un tópico afirmar que el problema somalí es ante todo clánico y que la pertenencia tribal constituye el primer signo de identidad de los somalíes. Esta condición ha impedido que la percepción islámico-política haya compuesto un factor de universalidad transversal entre los somalíes, ya que cualquier intento de hallar una comunión islamista política se había de topar con las diferencias y suspicacias tribales. Esto no quiere decir, por otro lado, que los somalíes no hayan hecho gala de un sentido propio de la "islamidad". De hecho las representaciones al uso sobre Somalia, junto al guerrillero imperturbable, los campamentos de refugiados y los niños devastados por las hambrunas, suelen incluir a un grupo de personas rezando o en torno a una mezquita. Más aún, el discurso sobre la conveniencia de la aplicación, aun *sui generis*, de la Charía o Ley Islámica ha sido esgrimido tanto en los territorios dominados por los señores de la guerra como en las regiones "autónomas" de Puntlandia y Somalilandia. Con todo, las múltiples facciones y grupos armados que han visto la luz en el país durante las últimas décadas se han ceñido, por lo general, a patrones de pertenencia a un clan o a una subdivisión tribal en particular.

1) La Unión Islámica

En origen, los movimientos islamistas en Somalia se remontan a las cofradías de derviches y sufíes que opusieron resistencia a la colonización británica e italiana, como la de los Salihyya y, en especial, la de los Uwayisyya. De ésta surgirá bien entrado el S. XX una tendencia asociacionista de gran importancia en el desarrollo de la república independiente, a partir de 1960. Todo este calado activista se combina a lo largo de la segunda mitad de siglo con la efervescencia de las ideas islamistas procedentes del exterior, principalmente de los Hermanos Musulmanes egipcios. Con posterioridad, las teorías wahhabíes, el reflejo de la Revolución Islámica en Irán o el ascenso islamista al poder en Sudán, entre otras, han sido las pautas que han marcado el devenir del bando islamista en Somalia.

Hasta la aparición de la Unión de Tribunales Islámicos, la Unión Islámica (UI) componía la agrupación islamista principal en Somalia. Formada en los años setenta del siglo pasado a partir de una asociación de varios grupúsculos, enseguida entró en colisión con el régimen socialista y su política social, la cual, según los tradicionalistas, socavaba la identidad religiosa del país. Siyad Barre, defensor del "socialismo islámico", solía resaltar el islam como componente básico de su sistema de gobierno; sin embargo, los islamistas nunca dejaron de tachar su gobierno de impío. En los primeros años de mandato de aquél, se aprobó un nuevo código de familia que atribuía a la mujer derechos similares a los del hombre en materia de herencia. Esto provocó el rechazo de un nutrido grupo de hombres de religión, que adujeron que el derecho de herencia estaba ya claramente preestablecido en el texto coránico.

Barre zanjó la polémica con la ejecución de diez ulemas que el gobierno vinculaba con la Unión Islámica.

Durante la guerra civil, la Unión Islámica alcanzó cierto renombre al ocupar y gestionar varias localidades. En un principio, su prioridad se centraba en el control de enclaves y puertos estratégicos, como el de Bosaso, en el norte, del que fueron expulsados en 1991 por milicias rivales. Más suerte tuvieron en el sur, en Kismayo y Merka, donde pudieron mantenerse algunos meses más. Pero la conquista territorial de mayor duración se produjo en la localidad de Luq, región meridional de Gedo, en la que permanecieron cinco años, hasta 1996, y aplicaron el primer gran modelo de gestión islámica. No muy dispar del guión seguido por los Tribunales Islámicos, el plan de acción de UI en Luq, un enclave comercial cercano a las fronteras con Etiopía y Kenia, incluía el establecimiento del orden y una política liberal frente a los comerciantes y grandes intereses de la zona, así como un ordenamiento responsable de los servicios y las infraestructuras. A cambio, los islamistas se encargarían de imponer la ley islámica y velar por las "buenas costumbres". A decir de organismos y asociaciones de ayuda internacional, la gestión de aquéllos permitió el florecimiento de las actividades comerciales y una estabilidad frágil pero inusual para los parámetros somalíes. Las tropas etíopes desarmaron el entramado islamista en Luq en 1996, en respuesta a los atentados terroristas orquestados, supuestamente, por la rama etíope de la Unión Islámica en Addis Abeba.

En 1981, la Unión Islámica sufrió la escisión de una rama, denominada *al-Islah al-Islami* (Reforma Islámica), más pragmática y dúctil en sus postulados teóricos sobre el modo de implantación del estado islámico que los sectores rigoristas. Tras el 11-S, la Unión Islámica saltó a la fama de resultas de la decisión adoptada por la Administración de Bush de incluir su nombre en la lista de organizaciones terroristas internacionales. En 2003 se dio a conocer una oscura facción radical compuesta por antiguos miembros de la IU, implicada en una serie de atentados. El grupúsculo estaba dirigido, parece, por Aden Hasan Ayro, que, según los servicios de inteligencia de EE UU, salió del país para buscar cobijo en Afganistán.

2) *La Unión de Tribunales Islámicos*

La Unión de Tribunales Islámicos (UTI) adquirió notoriedad internacional al derrotar a una coalición de señores de la guerra y tomar Mogadiscio en junio de 2006. La denominación determina sin lugar a dudas el contenido programático –aplicación de la Charía- de un movimiento religioso que agrupa en sus filas una amalgama de organizaciones islamistas ceñidas en torno a la Unión Islámica. Los tribunales islámicos habían comenzado a extenderse por Mogadiscio a partir de 1994. Se atribuye a Hasan Dahir Aweis, uno de los dirigentes supremos de los Tribunales Islámicos, la creación del primero. En 2004 su área de influencia, que había permanecido confinada a varias barriadas de la capital, comenzó a extenderse por otras zonas. Ahí se inició el enfrentamiento abierto con las milicias de los señores de la guerra.

A principios de junio de 2006 se estimaba que las milicias de los Tribunales Islámicos se nutrían de unos quince mil hombres armados. Sus rivales insisten en que aquéllas han sido instruidas por muyahidines paquistaníes, indonesios y árabes recalados en Somalia. La coalición estaba integrada por grupos diversos: los restos de la citada Unión Islámica, la *Yamaat al-Tabligh*, *al-Salafiyya al-Yadida*, *Harakat al-Islah* o la *Ulimadda Islaamka e Somalia*.

A decir de algunas estimaciones locales, el número de tribunales islámicos llegaba a 14 la víspera de la toma de Mogadiscio. A partir de ahí, y hasta su derrota a manos etíopes a principios de 2007, el número de tribunales fue aumentando a medida que los islamistas iban dominando más territorios. En muchos casos, la ocupación se completaba tras un acuerdo amistoso con las autoridades locales. La UTI tenía como órgano de mando al llamado "Consejo Supremo de los Tribunales Islámicos de Somalia". Cada uno de estos tribunales disponía de su milicia y sus dirigentes políticos y religiosos propios; y, a pesar de su alianza, no todos ellos compartían programas y objetivos más allá de la aplicación de las normas islámicas. Algunos aspiraban a imponer un estado islámico en toda Somalia; otros decían conformarse con asegurar un "gobierno islámico recto" en el entorno geográfico en el que se hallaba el clan predominante en el tribunal en cuestión.

Los Tribunales Islámicos que fueron extendiéndose por el sur y el centro del país fueron motejados de "tribalistas" y pro Hawiye, clan mayoritario en Mogadiscio y regiones aledañas. Esto era cierto en lo referente a un número estimable de tribunales cuyos dirigentes pertenecían a aquel clan. De ahí que desde formaciones y milicias contrarias se afirmara que la coalición islamista representaba en exclusiva, como casi todos los grupos armados en liza, unos intereses tribales muy bien definidos. Con independencia de que esto sea aplicable a todos los tribunales islámicos y al movimiento islamista somalí en general, los combates que se han sucedido en Mogadiscio durante el primer tercio de 2007 entre tropas gubernamentales y el ejército etíope por un lado y milicianos de "identidad desconocida" –que el ejecutivo de Baidoa suele calificar de "terroristas islámicos"- reflejaron más que nada el descontento de los Hawiye, el clan más importante del país junto con los Darod y los Ishaq. Los jeques del clan sostienen que el presidente del Gobierno Federal Transitorio, Abdullahi Yusuf, de los Darod, está utilizando las tropas etíopes –y su "guardia pretoriana" traída de Puntlandia- para limar la influencia tradicional de los Hawiye en la región central, con la excusa de que muchos responsables y cuadros islamistas pertenecen a esta tribu. Una muestra de que la cuestión somalí se resiste a las simplificaciones, en este caso la que presenta el origen de las refriegas continuas como un intento desestabilizador de los islamistas, es que los dirigentes gubernamentales han negociado a lo largo de los primeros meses de 2007 con los jeques de Hawiye –y no con líderes islamistas o cercanos a ellos- una solución al pandemio en que ha vuelto ha quedar convertido Mogadiscio.

Repercusiones regionales e internacionales del avance islamista

La victoria de los Tribunales Islámicos sobre las milicias de los señores de la guerra en Mogadiscio volvió a situar a Somalia en el portal del ámbito informativo internacional. Para muchos, este reencuentro supuso una sorpresa, ya que pocos esperaban que las milicias islamistas fueran capaces de tanto. Algunos países vecinos, con Etiopía a la cabeza, expresaron su preocupación y su respaldo al gobierno transitorio de Baidoa. Por su parte, Estados Unidos recibió la noticia con evidente desagrado. La Administración de Bush llevaba un tiempo sosteniendo que Somalia se había convertido en una especie de sucursal de al-Qaeda en África y que los referentes de la Unión Islámica o los Tribunales Islámicos comulgaban con su proyecto yihadista internacional. Otro motivo de irritación para la Casa Blanca venía derivado del rotundo fracaso de su alianza con los *warlords*, formalizada en 2006. Esta coalición, que tenía como principal objetivo poner coto a la expansión islamista, recibió el ampuloso nombre de La Alianza para la Restauración de la Paz y la Lucha Antiterrorista e incluía generosas ayudas financieras y militares para unos líderes locales que pasaron a ser calificados de "laicos" para distinguirlos de sus antagonistas "teocráticos".

1) *Estados Unidos, Somalia y la lucha contra el terrorismo*

La alianza orquestada por Estados Unidos con los señores de la guerra suscitó, como era natural, el recelo y el desconcierto en amplios sectores sociales del país. La norma del "todo vale" para combatir el islamismo propició en Somalia una táctica peculiar que ha conducido, de forma concatenada, a la estrecha connivencia de la política exterior de EE UU con dos de los grandes elementos de repulsión para una porción mayoritaria de somalíes: los señores de la guerra y Etiopía.

El interés de Estados Unidos por lo que acontece en el Cuerno de África se remonta a la época más intensa de la Guerra Fría y la enemistad de Siyad Barre y el gobierno marxista etíope de Mengitsu Hailé Mariam. El fracaso de la operación de paz en 1993 y una recomposición de sus prioridades exteriores condujeron a cierto retraimiento, que coincidió, por otra parte, con el afianzamiento del fenómeno de la cantonización somalí y el dominio de las milicias. Ya en el S. XXI, de la mano de la lucha contra el terrorismo internacional, la Administración estadounidense ha vuelto de forma visible a Somalia, en especial tras el ascenso de los Tribunales Islámicos. De hecho, por primera vez en catorce años, el ejército estadounidense llevó a cabo una acción militar en el país al bombardear, a principios de 2007, la región fronteriza con Kenia. El objetivo: acabar con los "contingentes de al-Qaeda y sus aliados somalíes" que trataban de refugiarse allí.

Más, sin duda, las razones de esta nueva focalización estadounidense en la región van más allá de la lucha contra el islamismo radical. El refuerzo de las bases militares estadounidenses, y los planes para instalar otras, lo mismo que el proyecto recientemente anunciado por el secretario de Defensa de crear un mando unificado para África antes del fin de 2008, van en la línea de establecer un control directo sobre todo el continente que excede con creces

los límites reales de la expansión de al-Qaeda y organizaciones afines. Puede ser que, como afirman los representantes estadounidenses, estas medidas tengan una intención preventiva en asuntos de seguridad; pero sirve, de paso, para apuntalar objetivos políticos, económicos y geoestratégicos evidentes, que van desde el acceso directo a los recursos y las reservas energéticas a la neutralización de la creciente influencia de los intereses mercantiles chinos en el continente, sobre todo en su mitad oriental, pasando por el control de lugares de importancia geoestratégica excepcional como el Golfo de Adén.

2) La intervención etíope

En este contexto de reorganización de la política exterior estadounidense en África debe situarse la intervención del ejército etíope de diciembre de 2006, que deparó el desfonde de los Tribunales Islámicos y el refuerzo del Gobierno Transitorio y los señores de la guerra afines. La entrada de las tropas etíopes vino precedida de semanas de escalada verbal entre los dirigentes islamistas y Addis Abeba, que de siempre había mostrado su oposición a un estado islamista en el Cuerno de África. Etiopía consideraba que los Tribunales Islámicos se proponían relanzar a los grupos secesionistas de las regiones orientales, de mayoría étnica somalí, tras acabar con la autoridad nominal del Gobierno Transitorio, asentado en Baidoa. Todo ello, unido a la acusación de que los islamistas somalíes habían establecido una alianza internacional con al-Qaeda, sirvió de justificante al primer ministro Meles Zenawi para lanzar el ataque, que apenas duró dos semanas. Este apabullante triunfo militar, ensalzado por Estados Unidos, consagró a Meles Zenawi como el gran estadista del África oriental y convirtió a Etiopía, más que nunca, en una potencia de proyección regional. Los acuerdos emanados con posterioridad de Naciones Unidas y la aprobación del envío de una fuerza de paz africana para tomar el relevo de las tropas etíopes han venido a legitimar a la acción de Addis Abeba y la han convertido, ante la comunidad internacional, en un factor de estabilización. Todo esto no podía por menos que irritar a Eritrea, el enemigo acérrimo de Etiopía: su gobierno fue de los pocos en la región que repudiaron la invasión etíope, "ordenada" por Estados Unidos para instaurar un nuevo capítulo del caos constructivo en el Cuerno de África. Tal irritación tenía su razón de ser: los Tribunales Islámicos habían reconocido semanas antes de la invasión que Eritrea les había suministrado armas y logística.

La continuidad de la crisis somalí

1) Aspectos internos

A despecho de las declaraciones optimistas emitidas desde foros internacionales y regionales, la situación actual en Somalia sigue siendo muy preocupante. Los intentos de celebrar una conferencia de reconciliación nacional en Mogadiscio se vieron entorpecidos a lo largo de 2007 por los actos de violencia y la inseguridad que azota Mogadiscio. Los responsables estadounidenses solían afirmar poco después de la intervención etíope que Somalia tenía, por primera vez en 16 años, la oportunidad de reconstruir el país

y formar un gobierno fuerte. Sin embargo, tal posibilidad sigue quedando a trasmano: los combates arrecian en la zona central y los soldados etíopes y gubernamentales se han convertido en blanco recurrente de milicianos que nadie sabe hasta qué punto pertenecen o dejan de pertenecer a las facciones islamistas. Como ya se ha apuntado, el clan de los Hawiye ha declarado una especie de guerra abierta al presidente Abdullahi Yusuf, al que acusa de intentar depurar a la tribu. Sus milicias se enfrentan desde hace semanas al despliegue de las fuerzas oficialistas en la capital. El Gobierno Federal Transitorio, cuyo parlamento había votado en marzo de 2007 regresar a Mogadiscio y abandonar su "destierro" de Baidoa, ha sido incapaz de asentarse en la capital y demostrar a la población que ejerce un poder real más allá de la tutela etíope. Peor aún, la labor de gobierno actual recuerda en parte a las penurias de los ejecutivos afgano e iraquí, obviado en las regiones periféricas en el caso del primero o recluido en un barrio de Bagdad en medio de fuertes medidas de seguridad, en el caso del segundo.

En Mogadiscio, a pesar de las batidas de los soldados etíopes y lo que queda del ejército somalí, los representantes gubernamentales no pueden moverse con libertad y se ven obligados a deliberar en hoteles y edificios seguros. El gobierno, con la anuencia de Etiopía, convocó una reunión de conciliación nacional en Mogadiscio para mediados de abril de la que, sin embargo y de forma similar a reuniones anteriores que jalonaron el proceso de paz, no se esperaban grandes resultados. No cabía esperar, por tanto, grandes resultados de este nuevo encuentro de reconciliación, uno más en la larga lista de conferencias internacionales celebradas desde el año 2000. A últimos de marzo ni siquiera estaba asegurada la financiación necesaria para sufragar los gastos del mismo, unos 30 millones dólares, ni las condiciones mínimas para garantizar la integridad de los asistentes durante los dos meses previstos de deliberación. Al final, de la que fueron excluidos los islamistas y todos aquellos sectores resueltamente opuestos a la presencia etíope en Somalia, sirvió para certificar la debilidad intrínseca del gobierno transitorio, la agenda propia de los señores de la guerra y las reticencias de los líderes tribales

Así las cosas, la posibilidad de unificar la República de Somalia de 1960 continúa siendo un albur. Ni los gobiernos de Somalilandia, declarada autónoma en 1991 y que dispone de una constitución propia que viene a proclamar su independencia *de facto*, ni Puntlandia, autónoma desde 1998 pero que nunca ha mostrado veleidades independentistas, han secundado iniciativas que vayan en la línea de la reagrupación territorial. Tampoco las diferentes milicias aliadas de Etiopía y el Gobierno Central parecen dispuestas a renunciar a sus centros de poder propio en las regiones; de la misma manera, la cantonización de los señores de la guerra hace prever que seguirán manteniendo sus áreas de influencia. Y, en paralelo, las milicias islamistas continúan su rearme y su expansión en las regiones remotas del país a pesar del hostigamiento del espionaje estadounidense y de que el ejército etíope ha atajado su avance en algunas zonas. La televisión árabe *al-Yazira* emitía a principios de septiembre de 2007 un reportaje en el que se entrevistaba a milicianos islamistas desperdigados por campos de entrenamiento remotos. No parecían muchos ni en condiciones de plantear una opción bélica de envergadura mientras el ejército etíope permanezca en suelo somalí; sin

embargo, la reproducción de las milicias islamistas sí constituye un garante de que la inestabilidad, enquistada ya, ha de permanecer durante mucho tiempo.

2) Aspectos externos

Uno de los factores más preocupantes de la crisis somalí en su faceta regional es la posibilidad de que Eritrea y Etiopía se enzarcen en una nueva contienda en territorio somalí, ya sea de forma directa -si Asmara termina considerando la posibilidad de enviar tropas a las regiones fronterizas- o indirecta -si el gobierno eritreo se decanta por apoyar con armas y bagajes a las milicias opuestas al ejército etíope y el Gobierno Transitorio. La primera posibilidad es harto improbable porque existe un consenso regional e internacional sobre la "conveniencia" de la intervención etíope y, además, la Unión Africana ha comenzado ya el despliegue de contingentes que ocupen los centros estratégicos abandonados por los etíopes. Ahora bien, este despliegue, incompleto por razones varias, no ha podido servir de cobertura a la retirada etíope, a pesar de que el mismo Zeles Menawi declaraba en marzo de 2007 que la mayor parte de sus soldados habían abandonado ya el país. Los etíopes y sus aliados somalíes son conscientes de que su permanencia en el país ha de suscitar la animadversión generalizada de los somalíes, que ven en el estado vecino un enemigo resuelto de la causa nacional somalí. Pero el despliegue de las fuerzas de paz (UMISOM), que habría de estar compuestas de 8000 soldados, tropezó desde el primer momento con serios inconvenientes. El principal, la escalada de tensión y violencia en la capital, que convierte a los contingentes africanos, reducidos y desamparados de cobertura logística, en blancos accesibles. De hecho, los militares etíopes están sufriendo ataques continuos y cada vez más audaces. También está el factor económico: algunos países como Burundi, que se habían comprometido a colaborar en el envío de tropas, alegan falta de presupuesto para hacerlo. A finales de marzo, sólo los ugandeses, con 1500 efectivos, habían desplazado un contingente, que se repartió entre el aeropuerto y otros lugares vitales. El paso ugandés, por cierto, ha propiciado también las críticas de Eritrea, que considera la permanencia de cualquier contingente extranjero en Somalia un motivo extra de desestabilización.

A la vista de lo anterior y de los últimos movimientos habidos en la zona, parece que Eritrea se decanta por la segunda opción, esto es, erosionar la política etíope para Somalia a través del apoyo a los grupos opuestos a Addis Abeba. Por lo pronto, Asmara ha servido de escenario para una conferencia opositora celebrada en septiembre de 2007, reunión a la que han acudido representantes islamistas, con el responsable militar de los Tribunales Islámicos Dahir Aweis a la cabeza, y líderes tribales del interior y el exterior así como políticos somalíes que abandonaron el actual parlamento somalí, pro etíope, y empresarios e intelectuales del exterior. En líneas generales, la composición de las mesas de deliberación y el tono de las mismas revela, lo mismo que las conferencias organizadas por el gobierno central, la desvertebración inherente al espectro político y social somalí al tiempo que demuestra que lo que vincula a los participantes es su rechazo a la presencia etíope y, por extensión, los planes africanos de EE UU; pero, a la par, certifica el empeño de los islamistas de aunar fuerzas con tendencias y sectores con los

que no había mantenido una relación visible hasta ahora, todo ello bajo el paraguas eritreo.

Por otra parte, el recrudecimiento de los combates en las regiones centrales y meridionales ha originado una nueva oleada de refugiados hacia los países vecinos, principalmente Kenia y Yemen. Las organizaciones humanitarias estiman que más de 40 mil personas huyeron de Mogadiscio en febrero de 2007. El incesante goteo de desplazados somalíes constituye un problema mayúsculo en Kenia y Yemen. Destino inevitable de aquellos que quieren salir del país desde el Golfo de Adén es Somalilandia, la región más segura y estable de la otrora República de Somalia, la cual sufre la afluencia masiva de desplazados y las acciones de las mafias dedicadas a transportarlos de forma ilegal a la otra orilla del Golfo. Por esta razón, Yibuti, con Kenia y Yemen, los estados más expuestos a las oscilaciones del conflicto somalí, han tratado de hallar medidas que neutralicen la violencia y contengan la sangría demográfica. Las autoridades yemeníes, por ejemplo, han reconocido que cualquier empeoramiento de la situación interna somalí repercute en su propia estabilidad y el devenir de los más de trescientos mil refugiados que, se estima, se encuentran en su territorio. El gobierno de Sanaa, por cierto, patrocinó una serie de gestiones a finales de 2006 para sentar a la mesa de negociación a islamistas y representantes del Gobierno Transitorio.

Otro de los derroteros dañinos de la crisis somalí está relacionado con la radicalización de los sectores islamistas locales y la implantación definitiva de al-Qaeda. Aunque la Casa Blanca y sectores afines hayan afirmado durante años lo contrario, las evidencias objetivas y testimonios de colectivos e individuales somalíes e internacionales "neutrales" –no los señores de la guerra ni los servicios de inteligencia de EE UU- han puesto en duda el supuesto control de al-Qaeda sobre los Tribunales Islámicos y la proliferación de centros de entrenamiento para muyahidines. Sí resulta evidente, tras la intervención etíope de diciembre de 2006 y los bombardeos estadounidenses, que la dirección islamista somalí se ha radicalizado una vez defenestrados los representantes de la línea "moderada". El principal perjudicado ha sido Sheij Ahmad Sherif, dirigente de los TT II y uno de sus "rostros afables", que se entregó a las autoridades en Kenia tras la desbandada de aquéllos y mantuvo un encuentro con representantes estadounidenses, que le pidieron que hiciera un llamado público a sus seguidores para que abandonaran las armas. Sharif se abstuvo de emitir tal comunicado; de todas maneras, es improbable que hubiera surtido efecto. El espionaje estadounidense sostiene que los islamistas somalíes han pasado a estar comandados por Adén Shiro, del ala radical salafista, que junto con Daher Aweis dispone la sección militar de las multiformes y variadas facciones islamistas somalíes. Una variedad y amplitud que no difiere en esencia de otros tantos movimientos islamistas en África y Asia, por mucho que Estados Unidos se empeñe de forma sistemática en encorsetar el Islam político en una única casilla. Las acciones sobre el terreno del ejército estadounidense no ayudan a rebajar la tensión: los bombardeos de enero pasado en la frontera con Kenia, destinados a acabar con los restos de al-Qaeda en Somalia, no depararon la eliminación física de los supuestos activistas somalíes de la misma, a pesar de una serie de comunicados oficiales entusiastas posteriormente desmentidos, sino la muerte de decenas de civiles

inocentes y el arrasamiento de aldeas. Unos resultados colaterales fatales que, en definitiva y como en Afganistán e Iraq, no hacen otra cosa que irritar a la población y engrosar la lista de activistas dispuestos a embarcarse en atentados contra las tropas extranjeras.

En resumen, si antes había dudas sobre la expansión de al-Qaeda en Somalia ahora hay que suponer que numerosos sectores locales que, por las razones que fueran, no terminaban de embarcarse en aventuras yihadistas van a terminar haciéndolo. Como efecto de una estrategia irracional de lucha contra el terrorismo, el movimiento islamista radical está encontrando terrenos abonados en regiones harto sensibles del planeta. Eso es lo que ha ocurrido en Iraq, donde, para sorpresa de muchos ingenuos, el islamismo radical ha conseguido una plaza fuere insospechada años atrás. Y esta misma ecuación, intervención extranjera-enervación institucional-fanatismo ideológico, es la que se está reproduciendo en Somalia. De ahí que haya que sospechar que lejos de constituir un lenitivo para la expansión del terrorismo internacional, la incertidumbre somalí constituya un nuevo elemento de tensión.

*Arabista y especialista en política internacional y regional en Oriente Medio. Profesor en el Dpto. de Estudios Árabes e Islámicos, UAM. Autor de *Somalia. Clanes, Islam y terrorismo internacional*, Madrid, Catarata, 2007.